

ANTE EL MILENARIO DE LA LENGUA CASTELLANA

El Milenario del Castellano, que vamos a conmemorar y a exaltar en el año 1977, tiene como punto de partida el famoso Códice descubierto en el Monasterio de San Millán de la Cogolla (al Oeste de la provincia de Logroño), y que J. M. Eguren llamó «documento antiquísimo», pudiendo calificarse, según expresión del ilustre académico e investigador, Dámaso Alonso, como el «primer vagido de la lengua castellana», siendo este documento el que contiene las Glosas Emilianenses, descubiertas por Gómez Moreno en 1923.

El Códice de San Millán suele fecharse a mediados del siglo XI, si bien la Glosa 90, publicada por el Sr. Gómez Moreno, debe ser, según el criterio de los eruditos, de mediados del siglo X (entre 950 y 954), posiblemente algo anteriores a las Glosas Silenses, descubiertas en otro Códice de Santo Domingo de Silos.

Las Glosas eran comentarios exegéticos, escritas al margen de los textos, incluso interlineadas, como una yuxtaposición de la Glosa al texto glosado, con las que el monje que leía los pergaminos trataba de aclarar o interpretar algún punto oscuro del texto latino.

El manuscrito de las Glosas Silenses, que se encuentra hoy en la magnífica Biblioteca del Museo Británico (referencia add. 30853), ha sido calificado por Priebisch, primer editor de las Glosas, como escritas en el siglo XI. Sin embargo, tanto el Sr. Gómez Moreno como Menéndez Pidal, piensan que el manuscrito Silense puede alinearse con los Códices de la Escuela castellana del siglo X. Y el P. Villada, al comentar este tema, cree que el manuscrito Silense y el texto de las Glosas son coetáneos, acaso del mismo escriba; siendo también de notar la semejanza extraordinaria de la letra con la del Códice número 80 de la Biblioteca Nacional, escrita en 945 por Florencio, monje de Verlangas. Las Glosas Silenses, que contienen Homilias, Sermones, Epístolas, un Arbol de Parentescos y un Penitencial, pueden fijarse como escritas en la segunda mitad del siglo X, y, desde luego, son un poco posteriores a las Glosas Emilianenses.

Ahora bien; ¿cómo fueron surgiendo estos «primeros vagidos de la lengua castellana?» Quizás que fueron forjados en el regazo amoroso de un hogar o en las canciones monótonas de nuestros labriegos. O tal vez nacieron en el camino, al borde del sendero andante, pródigo en aventuras y ofensivas. O bajo el bordón pardo de nuestros ascetas o la mirada febril de nuestros visionarios. Donde quiera que naciesen, fueron depurándose en las serenas planicies de tierras adentro, en los yermos campos de nuestra meseta, en las dulces llanuras manchegas, en los verdeantes terruños de esta bravía piel de toro que limita nuestra Península. Así nació el castellano, este bello poema de nuestra lengua, que ha resistido el paso de los siglos, sin alterar su característica personalidad, y que ha sabido adueñarse de los continentes y ser señor de dos mundos.

Pero nuestro idioma tenía que ser vitalizado por Castilla, por nuestra madre y señora Castilla, y ser iluminado por la fe, por una fe candente, por un sentimiento religioso acendrado, puro, sublime, emocional y magnífico. ¡Grave y solemne Castilla, cuyo color se asemeja a la corteza del pan tostado! Progenitora de héroes y de sabios, de místicos y guerreros, de hidalgos e iluminados, madre inmortal de nuestra raza. Y las tierras que forjaron la maravilla de la nación, supieron dar un idioma que hoy lleva el genio de España a través de las tierras y de los mares.

¿Quién sino la musa popular nos ha legado los más bellos motivos, las más sinceras frases, los más dulces y más rudos decires? Cuadros costumbristas que se perdieron en el arcón añoso de nuestros antepasados, y que hicieron surgir, de las brumas del medievo y del latín vulgar, las formas evolutivas del romance naciente (1).

Por otra parte, nuestra lengua está dejando de enseñarse en los países europeos; nuestros autores, salvo excepciones, llevan décadas sin traducirse a las lenguas cultas que influyen hoy en la vida y en el espíritu del hombre occidental. Así, los especialistas califican como «alarmante» la reducción de las plazas de Profesores de español en el extranjero, especialmente en Europa.

El inglés, por ejemplo, se ha transformado en la lengua imperial del Mundo, y los idiomas europeos están sufriendo inusitadas presiones, a las que algunas naciones (Francia, entre otras), responden con una adecuada

(1) El nacimiento del romance debió producirse al chocar el idioma ibérico con el latín vulgar que traían los romanos. Si bien es cierto que España fue la primera nación invadida por el Imperio, fue en realidad la última en doblegarse, si puede darse este nombre a la fusión de españoles y romanos. Por ello es lógico pensar que nuestro territorio tardaría muchos años en ser latinizado, y, por lo tanto, ser anulado su idioma nativo. Hasta el año 74 no dejaron los españoles de acuñar moneda con su leyenda indígena.

política lingüística. Pero en nuestro País, lamentablemente, no existe ninguna política idiomática, que es necesaria y urgente, si tenemos en cuenta que el español es la tercera lengua del Mundo, después del chino (900 millones) y del inglés (350 millones), y en la que se entienden 250 millones de personas. Debemos, pues, luchar porque no se pierda el más importante legado de nuestra Historia, impulsando nuestro propio desarrollo en todos los planos: en política, en economía, en técnica, en investigación, en cultura viva y actual, y, sobre todo, cuidar de nuestra propia lengua, defendiéndola contra la grave crisis de calidad por la que atraviesa el castellano en nuestro propio País, evitando maltratarla como lo hacemos diariamente en libros, periódicos, radio, televisión, en casa y en la calle.

De lo que se deduce que hay que actuar rápidamente, por medio de una acción eficaz del Ministerio de Educación y Ciencia para mejorar la enseñanza idiomática en todos los niveles educativos. E incluso nuestros servicios diplomáticos deben llevar a cabo una investigación exhaustiva acerca de la situación real en que se encuentra la enseñanza del español en el Mundo (planes de estudio, número de Profesores y de alumnos, medios con qué cuentan, etc.), siendo significativo el caso de Japón, que tiene en la actualidad más de 200 departamentos de lengua castellana.

Por ello, tanto las Glosas Emilianenses como las Silenses, que constituyen las credenciales del idioma español, deben ser conocidas, difundidas y exaltadas. De aquí que la conmemoración del Milenario del Castellano no debe quedar circunscrita a nuestra Patria, pues hay que interesar a las veinte naciones que hoy hablan nuestra lengua, a varios países africanos, a las zonas europeas sefarditas, a Filipinas, y, en definitiva, a los cinco continentes.

Y parece conveniente, que la más alta Institución cultural de Castilla la Vieja —la Academia Burgense—, tome en sus manos los aspectos histórico, literario y conmemorativo de la exaltación del Milenario, interesando a las Reales Academias (en especial a las de la Historia, de la Lengua y de Bellas Artes) y a los institutos de cultura locales de ambas Castillas y León, y a las Corporaciones provinciales y municipales, desarrollando en todas las provincias los oportunos actos conmemorativos, sobre todo en las que fueron cuna de la lengua viva, especialmente en la Cabeza de Castilla, y que en esta capital se dirija, coordine y remate la conmemoración, aunque estamos dispuestos a acoger cordialmente todas las iniciativas valiosas que puedan interesar para conseguir el fin propuesto, a saber: celebrar y exaltar el Milenario de la Lengua Castellana.

De esta lengua admirable, hecha para hablar con Dios; lengua que hablan al otro lado del Atlántico y en el Pacífico veinte naciones hermanas; lengua que da sus primeros vagidos en los viejos romances de Castilla, y que

se viste con brillantes galas en las Cantigas de Alfonso X el Sabio; que fluye sonora, con sonoridad de cascada de oro en los períodos rotundos de Fray Luis de Granada, y que suspira cual ave herida de mal de amor en el libro de San Juan de la Cruz; que se eleva con la Virgen abulense, al explicar y glosar sus éxtasis, hasta el pórtico de la Gloria; que el mejor poeta lírico del siglo XVI —Fray Luis de León—, supo poner en sus versos, con nuestra lengua (que es de cera para los que saben manejarla, como él mismo decía), esa cosa tan sutil, tan etérea y misteriosa, que se llama emoción; y lengua, en fin, que recibe lustre, esplendor y brillo, conquistando para siempre real ejecutoria, del genio sublime del inmortal Cervantes.

ERNESTO RUIZ Y G. DE LINARES